

Somos un cuerpo herido

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ana Rossetti, 2023

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19744-53-1

Depósito legal: M-18.011-2023

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ana Rossetti

Somos  
un cuerpo herido

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 85 (serie menor)

«Donsella, ¿qué aprendiste de las artes?» E dixo la don-  
sella: «Sennor, yo aprendí la ley e el libro, e aprendí  
mas los quatro vientos e las siete planetas e las estrellas  
e las leyes e los mandamientos e el traslado e los pro-  
metimientos de Dios e las cosas que crió en los cielos, e  
aprendí las fablas de las aves e de las animalias e la física  
e la lógica, e la filosofía e las cosas probadas, e aprendí  
mas el juego de axedres, e aprendí tanner laud e canon  
e las treynta e tres trobas, aprendí las buenas costumbres  
de leyes, e aprendí baylar e sotar e cantar, e aprendí la-  
brar pannos de seda, e aprendí texer pannos de peso, e  
aprendí labrar de oro e de plata, e aprendí todas las otras  
cosas nobles».

E quando el rrey oyó estas palabras de la donsella fi-  
sosse muy maravillado, e mandó llamar los mayores sabios  
de su corte, e dixoles que probasen aquella donsella.

*Historia de la doncella Teodor (siglo XIII)*

## Primero

*«En Cádiz hay una niña  
que Catalina se llama.  
¡Ay, sí!, que Catalina se llama».*

No hace falta recurrir a la mecánica cuántica para concluir que la objetividad es una entelequia; está más que demostrado que lo que llamamos realidad es en cierto modo lo que nuestra percepción crea y nuestros actos modifican. Nuestra historia de vida se compone de las narraciones que elaboramos y de las ideas en las que nos instalamos convirtiéndolas en partículas tangibles; lo que conocemos y lo que imaginamos son también experiencias en la medida en que sopesamos su potencial y permitimos que intervengan en la configuración de nuestras líneas maestras. Que este preámbulo sirva de aviso para que no se tome lo que viene a continua-

ción como una ruta fiable, sino como los planos de un itinerario personal que se fue construyendo a la par que se construía mi mundo.

«Lo maravilloso de la infancia es que cualquier cosa es en ella una maravilla», escribió G. K. Chesterton. He crecido entre santos y dioses con absoluta familiaridad. Juntos, aunque no revueltos, las hadas, los ángeles y demás espíritus invisibles, ocupaban sus espacios respectivos en mi concepción de la realidad, que en la infancia está compuesta de insondables enigmas.

—Mamá, ¿dónde estaba yo antes de nacer?

—En la mente del Padre Eterno.

Si pensar es existir, ¿existe también lo pensado? De ser así, tal como dice la Sabiduría en el libro de los Proverbios: «Cuando el Señor extendía los cielos yo estaba a su lado». Entonces, yo ya estaba allí, presidiendo el nacimiento de los astros, del día y de la noche, de los primeros balbuceos del tiempo. Entonces, mi existencia databa de un tiempo anterior a mi vida y anterior al tiempo. Era más grande que el tiempo, era la eternidad.

Así como Peter Pan añoraba el País de los Pájaros de donde procedía, desde un punto de vista espiritual las historias prodigiosas son las reminiscencias de un origen prenatal y desconocido.

En los primeros años de nuestra vida, la anestesia de la racionalidad no ha intervenido aún, por eso afloran sensaciones de esa existencia que quedó atrás como un sueño que se desvanece al querer recordarlo. Voces autorizadas explican que en estos relatos inocentes se esconde toda la enseñanza esotérica de las religiones perdidas, haciéndonos revivir las edades en que las personas y los animales se comunicaban, se cambiaba de lugar solamente con pensarlo y los seres sobrenaturales nos allanaban el camino. La atracción que ejercen tales narraciones en la infancia, por muy truculentas o abrumadoras que algunas puedan parecer, se debe a que de una manera sencilla y emotiva revelan un amplio espectro de situaciones límite cuyo desenlace es previsiblemente esperado. Tanto en los cuentos de hadas como en las hagiografías, el final siempre será feliz puesto que los premios —ya sean recibidos en este mundo o en el otro— y los castigos cumplen escrupulosamente con las leyes cósmicas de la justicia retributiva, lo que hace que las cosas se pongan en su sitio y el mundo siga girando con normalidad. Esto explica por qué la historia de Orfeo y Eurídice, que acaba fatal, siga sin embargo cautivando al público infantil. Orfeo, al desobedecer la condición impuesta pierde a Eurídice

y aunque el desenlace es triste también, es justo porque ese era el trato.

Mircea Eliade concuerda en que: «Todo ser humano desea experimentar ciertas vivencias de situaciones peligrosas, enfrentar tribulaciones excepcionales, penetrar en el otro mundo, y se puede experimentar todo esto leyendo u oyendo cuentos de hadas». Aunque no se perciba conscientemente, estos relatos están esencialmente imbuidos de ¿lecciones? morales y espirituales, y sobre todo de magia. La magia en la infancia es un terreno frecuentado porque no se sabe nunca qué va a pasar a continuación ni por qué; siempre hay una liebre a punto de saltar de una chistera. Pero no es magia sino ignorancia sobre cómo funcionan las cosas. Lo mismo cuenta Agustín de Hipona sobre los milagros: “Los milagros no son contrarios a la naturaleza, sino contrarios a lo que sabemos sobre la naturaleza”. Pero entretanto, estos seres sobrenaturales me ofrecían un relato más tranquilizador que el de mi cotidianidad porque, ya fuera por birlibirloque o por intervención divina, todo lo acababan resolviendo satisfactoriamente. Parfraseando a María Zambrano no se pasaba «de lo posible a lo real, sino de lo imposible a lo verdadero».